



Verdad en el amor

Silvia Bara, O.P.

Me siento con un cierto temor y temblor a la hora de responder a esta petición fraterna sobre “La verdad en el amor”, pero me lanzo a ella, convencida de que también las mujeres somos llamadas a tomar la Palabra, a ser predicadoras de gracia y misericordia, a pesar de no sentirme tanto “teóloga” como buscadora de una Verdad que me atrae y trasciende...

¿Cómo llegué a estudiar teología? La sed de comprender, las preguntas que se encadenaban, me han caracterizado desde niña. Creí que la ciencia iba a saciar mi interés por conocer la realidad y me adentré en el estudio de la Química. Me inquietaba saber qué son las cosas, quería saber de qué están hechas. Me fascinó conocer la estructura atómica, la variedad de propiedades de un compuesto en función de sus enlaces y sobre todo la complejidad y precisión del metabolismo humano. Crecía en mí la experiencia de que el conocimiento que daba por evidente era puesto en cuestión y exigía una nueva visión de la realidad ante los nuevos datos que aportaba la ciencia, o los nuevos saberes que iba adquiriendo. Los avances de la comunidad científica se construían, por un lado, sobre la colaboración entre investigadores y, por otro, sobre el cuestionamiento de la veracidad de conocimientos que parecían consensuados. Percibir esta constante itinerancia del investigador hacia nuevos horizontes transformó mi admiración ante la maravilla de la estructura química de las cosas en una inquietud cada vez mayor. Suscitaba nuevas preguntas que desbordaban el ámbito de la bioquímica. ¿Qué es el ser humano? ¿Hacia dónde camina? ¿Cuál es el sentido de las cosas? ¿Y de mi vida? Entonces fui descubriendo mi vocación religiosa dominicana: la sed de Absoluto, el amor incondicional que Dios me tenía, su proyecto de Vida para toda la humanidad. Llena de entusiasmo deseaba anunciar lo intuido y trabajar para que su Amor llegara a todos, especialmente a los excluidos.

En los años 80, en España no era frecuente que hubiera mujeres en el ciclo institucional de estudios teológicos. Nosotras estudiábamos en la formación inicial algunas asignaturas de teología y después completábamos nuestros estudios civiles y teológicos de manera personalizada. Mi inserción en el mundo laboral en el centro de Formación Profesional Niño Jesús del Remedio, con adolescentes y jóvenes con fracaso escolar por diversas razones, socioeconómicas, necesidades especiales..., y la pastoral con jóvenes en una parroquia, me empujó a aterrizar lo estudiado y al mismo tiempo me llevó a profundizar en mi vocación de predicadora. Sin embargo, sentía la necesidad de ahondar mi formación teológica, una teología puesta en diálogo con la vida y con las preguntas o confrontaciones que me hacían los alumnos, los compañeros y especialmente los jóvenes de la parroquia con los que compartía la fe y el deseo de hacer posible un mundo más justo y solidario. Por ello pedí hacer el Bachillerato en Teología y después la Licenciatura, estudios que fui alternando o compatibilizando con el trabajo de profesora y con actividades de evangelización y de promoción social en la parroquia y el barrio en el que estaba inserta mi comunidad religiosa. Este ir y venir entre la predicación y el estudio abrió en mí un gran deseo de relacionar lo estudiado con la vida y la misión; de buscar una teología a la escucha de las aspiraciones y necesidades de mujeres y hombres de nuestro tiempo; y de conectar la teología con la espiritualidad y con la vida de la comunidad cristiana.

Así, me influyó profundamente la noción de cultura de la *Evangelii Nuntiandi* y la importancia de la inculturación del Evangelio propuesta por Andrés Tornos y Xavier Quinzá en la asignatura que impartían en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid: “Evangelización y culturas”. Alimentaron mi convicción de que toda teología ha de ser una “teología contextual”: una reflexión que busca conocer las culturas en las que se mueve, el entramado de significados compartidos, para dialogar con ellos. Una teología cuya tarea consiste en poner en relación el evangelio, los textos de la tradición y las situaciones contemporáneas para que la Palabra sea significativa. Más tarde pude constatar como esta misma preocupación subyace en teólogos como Schillebeeckx, Rahner, Tillich... aunque no la denominaran de esta manera. Y cada vez más, la situación de creciente multiculturalidad que vivimos en Europa y en particular en España sigue siendo un acicate para nuestro quehacer teológico. Percibo la necesidad de que nuestra teología se sitúe en medio de múltiples polaridades: entre la globalización y la valoración de lo local, incluso de manera desacerbada; el pensamiento débil y la reflexión teológica profunda; la indiferencia religiosa y la diversidad de religiones y el fundamentalismo; el diálogo con los distintos saberes y las periferias culturales, intelectuales, sociales... Salir

también al encuentro de los que son “tirados al borde del camino”, empobrecidos, extranjeros, mujeres maltratadas, discapacitados, parados...

También me ha interesado mucho la historia de la teología: enmarcar las preguntas de cada época en su contexto histórico y teológico, reconocer a quién se dirigen, a qué responden, con quién dialogan... Acercarme desde esta perspectiva no sólo a la Escritura, sino también a los Padres de la Iglesia, a los concilios y demás declaraciones magisteriales, favorece y enriquece mi comprensión de los mismos y me ayuda a descubrir su dinamismo para nuestros días. Gracias a diversas asignaturas y profesores se fue consolidando lo que había intuido desde el campo de la ciencia: nunca podemos apresar la Verdad, creer que la poseemos del todo. Más bien es nuestro horizonte y nos trasciende siempre.

La enseñanza del Vaticano II ha estado presente desde los inicios de mis estudios teológicos, así como en la práctica pastoral cotidiana en las parroquias en las que hemos trabajado (mis hermanas dominicas y yo), profundamente marcada por una eclesiología de comunión. Intentar, desde dentro, que la Iglesia sea comunidad de comunidades, sin discriminación por género, edad o nivel de estudios. Devolver el papel y la palabra a las mujeres, a los laicos, a los jóvenes, a los más sencillos... Sin embargo, también hemos chocado con reticencias y bastantes dificultades por parte de algunos presbíteros que consideraban que ellos, varones ordenados, son los depositarios de la Palabra y únicos legitimados para tomar decisiones en la pastoral... Por tanto, las dificultades ante diferentes corrientes teológicas que existen hoy en la Iglesia no las he encontrado en mi Provincia o en la Orden, sino más bien en mi trabajo cotidiano en el seno de una comunidad local, por diferentes concepciones eclesiológicas y maneras de entender el servicio de la autoridad. Con mucho dolor hemos sido testigos de grandes desgarros en las parroquias por la llegada de un nuevo párroco con una línea más conservadora, que “tiraba abajo” el trabajo de años de formación y de animación para formar grupos comunitarios y que laicos y laicas, jóvenes y adultos, tomaran el protagonismo y la palabra.

Mi vocación a la teología se inserta en la llamada a predicar como mujer en la Iglesia. Mi pasión por el anuncio explícito de la Palabra, especialmente el acompañamiento personal, la animación de grupos cristianos o la predicación en retiros, me fue llevando a desear profundizar mi formación teológica y cambiar de orientación profesional. De ser educadora de adolescentes con dificultades pasé a enseñar Religión Católica en Secundaria y luego Teología en la universidad. Además de reivindicar un mayor espacio para las mujeres en la Iglesia, intuí que necesitaba ahondar en la Palabra que quería anunciar, desde la oración y desde el estudio. Por ello, hay una relación directa entre mi teología y la predicación dominicana. Fue la urgencia de la predicación la que me ha conducido a la reflexión teológica, aunque también es cierto que la dedicación que ésta implica me haya hecho reducir el tiempo dedicado a la pastoral directa. Desde hace cuatro años doy clase de Introducción al Hecho Religioso en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid y colaboro con los jesuitas en la Pastoral de la universidad. Impresionada por los atentados del 11 de marzo en Madrid y la reacción de xenofobia y “antiislamismo” que produjo, mi trabajo se centró en el diálogo interreligioso, tanto a nivel intelectual la cuestión cristológica en el diálogo interreligioso- como práctico, con la organización de un ciclo de actividades a lo largo del curso en torno al “Encuentro entre religiones y culturas”. Sin embargo, lo que centra mis energías en este momento, además de las clases, es el estudio de la teología mística de las dominicas y dominicos alemanes del siglo XIV, especialmente Heinrich Seuse, o.p. (Enrique Suso o Susón), sobre el que estoy redactando mi tesis doctoral. Descubro en su propuesta una teología muy vinculada a la experiencia del Dios contemplado y una predicación del Dios de la gracia y la misericordia que sale al encuentro del ser humano en lo más hondo de sí mismo y que reenvía a los hermanos. El acento peculiar de Seuse consiste en subrayar la centralidad de la humanidad de Jesús en el camino místico. Para llegar a la unión con Dios, recuerda, el mejor camino es contemplar la humanidad de Jesucristo: seguir sus pasos, tener sus mismos sentimientos y conformarnos a su imagen. La vida espiritual no consiste en huir de nuestra condición humana, pues Dios mismo la ha asumido y salvado. Por tanto, lo humano y lo divino no se contraponen sino que en Jesucristo se encuentran de manera plena. El misterio de la encarnación desvela al mismo tiempo quién es Dios y quiénes somos nosotros. Un Dios que nos ama hasta el extremo de hacerse vulnerable, de entregarse hasta la muerte para darnos vida. Un ser humano que encuentra su plenitud y su felicidad en la apertura al Otro y a los otros, en la donación, el amor, la solidaridad...

Estudiar cómo hicieron teología los dominicos y dominicas del siglo XIV me ayuda a sentirme vinculada y unida a nuestra familia, me ayuda a amar a las hermanas y hermanos dominicos de ayer y de hoy. Aunque también se trata de una historia herida que muestra que nunca ha sido fácil la búsqueda de la verdad. Hay momentos en que la fidelidad a lo intuido o descubierto conlleva la incomprensión, la soledad o el rechazo, como le sucedió a Seuse o al Maestro Eckhart, acusado de herejía en primer lugar por dos dominicos, y a tantas personas a lo largo de la historia.

La contextualización y la historia de la teología me han ayudado a intentar comprender otras líneas teológicas y a intentar escuchar "lo diferente", no absolutizar mi punto de vista. Pero, al mismo tiempo, cierto modo de hacer teología muy dogmatizante me distancia de algunas personas. Sin embargo, creo que a veces los prejuicios y los encasillamientos nos impiden un verdadero encuentro; he experimentado que si se trascienden formulaciones, muchas veces hay más comunión en lo esencial de la que en un primer momento podríamos pensar. Creo que las tres condiciones que propone nuestro hermano Claude Geffré para un verdadero diálogo entre distintas religiones son válidas para todo diálogo: respetar la alteridad del interlocutor en su identidad peculiar, permanecer fiel a la propia identidad y reconocer una cierta igualdad entre interlocutores. Esto quiere decir que aunque uno defienda su propia verdad, recuerda que el otro también tiene un compromiso absoluto con la suya. Cada uno de nosotros necesita sentirse escuchado y reconocido como un tú y, al mismo tiempo, ha de estar abierto al otro.

Lo que más me ha ayudado a amar a mis hermanas y hermanos no ha sido tanto hablar de lo que "sé", o discutir de teología, sino compartir aquello que nos da sentido, nos hace felices, nos "habita" por dentro: la experiencia de fe, las dificultades de la vida, su relectura creyente... Orar juntos, reír y llorar juntos... Quizá entonces se rompen prejuicios, se trascienden heridas y podemos hacer una teología en diálogo.